

Miguel González Gerth

# Telenémesis

A Verónica Castro

Entre el ir y el venir de primaveras,  
cuando los cuatro vientos se destejen  
de su red marina,  
más allá del cerner del horizonte,  
el movimiento de la vida va aclarándose  
en la implacable madrugada de tus ojos:  
inaccesible al paladar, al olfato y aun al tacto,  
una mirada solamente que se acopla  
a una voz risueña en el fanal  
con el que yo te veo sin que me veas,  
sin que siquiera me hayas visto  
en el silente abismo del destiempo,  
campo de luz filtrada por la lejanía,  
paraíso de señales contrapuestas  
en un espacio augural de fantasía.

Sí, tus ojos  
cual terciopelo de atigrada noche guardan  
los tintes y matices de íris perdidos,  
llamean con flecos de llamadas inconscientes  
—enviadas sin duda en circunstancias  
muy ajenas a mi grávida existencia—  
y nunca proyectadas hacia mí:  
hacia mi yo cautivo —como el de tantos otros—  
que hoy ansía de modo declarado  
tu mirar de medusa victoriosa  
sobre un perseo inerme y desolado.

Las vibraciones que vencen la distancia  
convergen en un rayo anochecido  
y violan códigos de amor humano:  
inadmisible también resulta el acto  
de asir por las astillas de un fracaso  
—agujas ya clavadas en materia viva—  
tu imagen de cándida lujuria,  
igual a un trompo  
que en su hipnótico ejercicio  
me adormece y a la vez me excita.  
Entonces reconozco el ángulo sombrío  
donde refractas todo el universo,  
como medida del reflejo inexorable

que descompone sentimientos afincados  
en la hondura juvenil de mi entereza.

Mas ¿cómo responder a esa figura  
puesta en órbita por una ciencia acrisolada  
como satélite de fuegos de artificio?  
Y ¿cómo devolver la onda y elevar un grito  
capaz de ser oído y quizá escuchado?  
Si yo clamara ¿quién me atendería  
entre las huestes proverbiales de la gloria?

Una devastación alada y serpentina,  
demonio de un traspuesto mediodía,  
desciende sobre mi íntimo albedrío.  
Me hostigan tus pupilas increíbles  
que aseguran el valor de los colores  
desde un mar astronómico y brillante,  
desde una hora innúmera y sin remordimiento,  
en cuyo seno muerden los venenos  
de la desesperación  
como áspides de un trágico abandono,  
de un desamparo ni siquiera imaginado,  
carente de intención y de propósito  
pero eficaz en su tormento melancólico  
que miro y siento:  
necio vigía de luces espectrales  
que en su vigilia vigila  
su vivida muerte  
y la trueca en dialéctica sin tesis,  
en fetiche inválido amasado  
por un conjurador  
de sueños tecniformes y febriles.

¿Qué fue de aquellos frágiles abriles  
que nunca compartimos, Némesis,  
diosa que vuela por el mundo  
montada sobre un grifo electrizado?

Ariadna, Doña Marina, Mariana, Angelina y Dido:  
hoy pago las infamias de mis émulo antiguos.  
Entre clarines sordos que anuncian mis castigos,  
heme aquí solo y postrado, ante Némesis rendido. ◇